

Entrevista a Patricia Walsh

Rodolfo Walsh, platense

Por Lalo Paineira

Aunque nació en Río Negro, sigue figurando en los padrones electorales de La Plata, ciudad en la que vivió desde 1952 a 1957 y en la que escribió *Operación Masacre*, su obra emblemática.

“Walsh, Rodolfo. Clase 1927. L.E.: 4.330.759. Domicilio, calle 54 N° 418”. Para el Estado, y según lo certifica el actual Padrón Electoral de la Sección Primera de La Plata, Walsh todavía vive legalmente en esta ciudad. Pero todos sabemos que no es así, que fue emboscado el 26 de marzo de 1977 en el barrio de Balvanera por un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada al que secundaban policías y paramilitares. Pero no se entregó. Armado sólo con un revólver calibre 22, y parapetado detrás de un árbol, se defendió hasta caer acribillado. “No se moría nunca”, dicen que contó en la ESMA uno de sus asesinos. Su cuerpo tampoco apareció. Fue botín de guerra. Por lo tanto, no hay certificado de defunción y burocráticamente figura en el padrón. Como los desaparecidos.

Aunque en realidad la justicia electoral de La Plata no miente, porque Rodolfo Walsh no murió. Está con nosotros desde su obra literaria y periodística, desde su militancia y sus ideas cada día más vigentes, desde su “Carta a mis amigos”, escrita después de la muerte de Vicky, su hija mayor, y desde su testamento, la “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”, que escribió al año de instaurarse la dictadura en el país. Todos testimonios que miden la real estatura y proyección de este descendiente de irlandeses al que caben ahora los versos que escribiera Alberto Molinas para el “Negro” Sabino Navarro, uno de los militantes montoneros que murió combatiendo junto a Vicky: “Los engañamos hermano (...) ellos creen que te tienen/ y sólo guardan tu cuerpo...”.

Pero hay otro hecho que importa, o debería importar, a los habitantes de esta ciudad. Porque su permanencia en el padrón, esa decisión de no actualizar nunca sus domicilios, les otorga un fuerte sentimiento de pertenencia -aun cuando la decisión haya estado motivada por razones

de seguridad-, porque en La Plata Walsh se recibió de bachiller, estudió Letras en la facultad de Humanidades, jugó al ajedrez y escribió.

No obstante, debe señalarse que esa decisión nunca tuvo gestos de reciprocidad por parte de la ciudad. Y por eso la queja que formulará Patricia, su hija, al subrayar la falta de un recordatorio en esa casa de calle 54 donde Walsh escribió su obra más paradigmática, *Operación Masacre*, en la que contó la verdad sobre los fusilamientos clandestinos durante la frustrada revolución del general Valle. El libro de Walsh fue también un testimonio militante, como bien lo advierte Carlos Alberto Bonet (2003): "...sobre los fusilamientos de 34 peronistas en los basurales de José León Suárez, el periodista, novelista, dramaturgo y ensayista, Rodolfo Walsh escribió en 1957 'Operación Masacre', en la revista 'Mayoría', quebrando el silencio que rodeaba a estos crímenes solapados". Pero no fue su primer libro. Walsh ya era un excelente escritor del género policial, y dentro del mismo había escrito *Variaciones en rojo*, tres cuentos por los que obtuvo el Premio Municipal de Literatura en 1953 mientras se ganaba la vida como colaborador y notero de las revistas *Leoplán* y *Vea y Lea*.

Walsh vivió en La Plata entre 1952 y 1957 con su primera esposa, Elina Tejerina, y las hijas de ambos, María Victoria y Patricia, entonces muy pequeñas. Vicky se quitó la vida el 29 de septiembre de 1976 después de resistir, hasta quedarse sin municiones, el ataque de las fuerzas represivas contra su casa, en Villa Luro. Esa muerte, llena de sentido y de alguien que fue

sobre todo vida, recibió el homenaje de Walsh en su "Carta a mis amigos", del 28 de diciembre de 1976: "*No vivió para ella, vivió para otros, y esos otros son millones. Su muerte sí, su muerte fue gloriosamente suya, y en ese orgullo me afirmo y soy quien renace en ella*". Treinta años han pasado de esas opciones límites y heroicas, tan parecidas, de padre e hija.

Patricia Walsh empieza a hablar de su padre en una mesa de bar ubicada en la vereda de Bulnes y Córdoba, aunque el ruido de la calle sea ensordecedor. Pero es obligatorio estar allí, porque ella fuma. Y como todo fumador porteño soporta la expulsión de los lugares públicos cerrados. No le importa. Lo acata. Polemista, abandonará por un rato su militancia política, y la actividad que le demanda su precandidatura a la Presidencia, para recordar a su padre. Será casi un largo monólogo, lanzado como si buscara siempre un contendiente. Y su primer rival en el cuadrilátero será La Plata. Pero sus combates proseguirán sin descanso. Elegirá otros rivales, desde Miguel Bonasso a los habitantes de Choele Choel, pasando por dos de los hermanos de su padre, el marino que bombardeó la plaza de Mayo en 1955 y la monja. Hablará del nacionalismo precoz de Walsh en la Alianza Libertadora junto a Queraltó, de su antiperonismo juvenil -al que calificará de "lonardista", aquel de "sin vencedores ni vencidos"- y de cómo traspuso después esa puerta definitiva para su vida que fue la investigación y publicación de *Operación Masacre*, una obra que instaló en su vida un antes, haber fes-

tejado la caída del peronismo en 1955, y un después, su paulatino ingreso hasta convertirse en cuadro del peronismo revolucionario, desde la CGT de los Argentinos a Montoneros. Con una vida paradójica, como la de muchos de sus compatriotas, para Patricia "su biografía y la de su familia, con todas sus contradicciones, parece hecha a propósito, como si él hubiera ordenado todas las fichas de una partida de ajedrez sin solución, con ese humor tan particular que tenía".

Retrato de un escritor cachorro

"Yo pienso que La Plata no se ha dado cuenta que tiene cantidad de derechos sobre Rodolfo Walsh. Allí vivió, estudió y escribió ese libro que inauguró un género literario. Lo digo porque sería interesante pasar revista a todo lo que sucedió con ese joven que había nacido en Río Negro, pero no en Choele Choel, como incluso él mismo escribió, sino en Lamarque, una localidad más pequeña que está al lado. En Río Negro se desató un debate muy interesante alrededor de esto. A ellos sí les importaba dónde había nacido Walsh. Y la polémica fue ganada por los habitantes del lugar en donde realmente nació mi padre, aunque no difiera en mucho ya que quedan uno junto al otro".

Mientras habla, Patricia mantiene entre sus dedos un cigarrillo sin encenderlo, como si no quisiera que esa pequeña ceremonia cotidiana deshilvanara su relato. Cuenta que su abuelo paterno era mayor-domo de estancia y que a mediados de los años treinta la crisis lo obligó a enviar a

dos de sus hijos, uno de ellos Rodolfo, como pupilos a un colegio irlandés de Capilla del Señor y luego a otro, en Moreno. "Por lo tanto mi padre, siendo rionegrino, tuvo una infancia bonaerense como internado en aquellos colegios irlandeses que tan bien contó a través de los relatos de ficción *Los oficios terrestres* y *Un oscuro día de justicia*".

Walsh cruzó el Riachuelo para instalarse en la ciudad de Buenos Aires "siendo muy joven, con menos de 20 años. Al poco tiempo conoció a mi madre y en 1950 se casaron. No tenían un peso y vivieron primero en una pensión y después en una casita que mis abuelos maternos tenían en Río Ceballos, Córdoba, porque en Buenos Aires no podían pagar un alquiler. Los escasos ingresos provenían de colaboraciones periodísticas y traducciones para editoriales que hacía mi padre, pero el dinero era muy escaso y cobrado con dificultad. Realmente se salvaron cuando llegó el nombramiento de mamá como directora, maestra y fundadora de la Escuela de Ciegos de La Plata, 'con casa'. Mi madre era maestra especializada en la enseñanza de ciegos, aunque nunca había podido ejercer. Y tuvo la suerte de que recién casada, muy pobre y con una vivienda prestada, la nombraran y 'con casa', algo que resultó extraordinario para los dos que de inmediato se mudaron a La Plata".

"La casa queda, porque todavía está, en calle 54 N° 418, entre 3 y 4. Y es importante señalar la ubicación porque el Club de Ajedrez estaba a dos cuadras y media, y una de las dos terminales de ómnibus que había hacia Buenos Aires en 6 entre 54 y

55. En ese entonces, papá seguía colaborando y viajando y por eso la mudanza posibilitó otro cambio importante. Cuando se casaron, papá no era bachiller. No sé cómo, terminó sus estudios, supongo que en alguna nocturna y dando libre. Después se inscribió y estudió un tiempo en Humanidades, en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de La Plata, que tampoco le quedaba lejos de casa. Ya grandes, con Vicky nos preguntábamos cómo habría sido como alumno y de dónde sacaba el tiempo para estudiar, cursar y además ir a jugar al ajedrez. Pero lo averiguamos y puedo asegurar que fue muy buen alumno de Letras. Todo un traga. Y por eso supongo que habrá estudiado en los viajes...".

Operación Masacre

En el prólogo de *Operación Masacre*, Rodolfo Walsh describe las cuadras que recorría a diario entre su casa y el Club de Ajedrez La Plata, frente a la plaza San Martín; club al que llamaba "café" y que permanece exactamente igual a como era en ese tiempo de vigilantes, conscriptos y tranvías. Fue en ese club de ajedrez donde recibió la primera noticia de que había un fusilado que vivía.

"La primera noticia sobre los fusilamientos clandestinos de junio de 1956 me llegó en forma casual, a fines de ese año, en un café de La Plata donde se jugaba al ajedrez, se hablaba más de Keres o Nimzovitch que de Aramburu y Rojas, y la única maniobra militar que gozaba de algún renombre era el ataque a la bayoneta de Schlechter en la apertura siciliana.

En ese mismo lugar, seis meses antes, nos había sorprendido una medianoche el cercano tiroteo con que empezó el asalto al comando de la segunda división y al departamento de policía, en la fracasada revolución de Valle. Recuerdo cómo salimos en tropel, los jugadores de ajedrez, los jugadores de codillo y los parroquianos ocasionales, para ver qué festejo era ése, y cómo a medida que nos acercábamos a la plaza San Martín nos íbamos poniendo más serios y éramos cada vez menos, y al fin cuando crucé la plaza, me vi solo, y cuando entré en la estación de ómnibus ya fuimos de nuevo unos cuantos, inclusive un negrito con uniforme de vigilante que se había parapetado detrás de unas gomas y decía que, revolución o no, a él no le iban a quitar el arma, que era un notable Mauser del año 1901.

Recuerdo que después volví a encontrarme solo, en la oscurecida calle 54, donde tres cuadras más adelante debía estar mi casa, a la que quería llegar y finalmente llegué dos horas más tarde, entre el aroma de los tilos que siempre me ponía nervioso, y esa noche más que otras. Recuerdo la incoercible autonomía de mis piernas, la preferencia que, en cada bocacalle, demostraban por la estación de ómnibus, a la que volvieron por su cuenta dos y tres veces, pero cada vez más lejos, hasta que la última no tuvieron necesidad de volver porque habíamos cruzado la línea de fuego y estábamos en mi casa. Mi casa era peor que el café y peor que la estación de ómnibus, porque había soldados en las azoteas y en la cocina y en los dormitorios, pero principalmente en el baño, y desde

entonces he tomado aversión a las casas que están frente a un cuartel, un comando o un departamento de policía.

Tampoco olvido que, pegado a la persiana, oí morir a un conscripto en la calle y ese hombre no dijo 'Viva la patria', sino que dijo: 'No me dejen solo, hijos de puta'.

En ese mismo club, "seis meses más tarde, una noche asfixiante de verano, frente a un vaso de cerveza, un hombre me dice: -Hay un fusilado que vive". A partir de entonces Walsh fue otro.

Cuando recuerda ese prólogo, Patricia reconoce que le quedó lo de la "oscurecida calle 54", porque entonces era así, "y todos esos ambientes, que de algún modo se siguen conservando. Lo que no está más es la terminal de ómnibus, que es importante porque allí comenzó el relato de *Operación Masacre*, y seguramente tampoco esté la puerta verde de madera que daba a los fondos del comando de la segunda división del Ejército, en calle 54, enfrente de donde era mi casa, que era casa y escuela para ciegos... Sé que sigue existiendo el número, y la casa, aunque creo que está refaccionada, no cambió tanto desde aquél tiempo".

Al recordar esto dispara su queja: "Siempre pensé que allí habría que poner un modesto letrerito que diga 'Aquí vivió Rodolfo Walsh y aquí nació el relato *Operación Masacre*'. Porque me parece que este libro, más allá de que yo le tengo mucho cariño, es de gran importancia para los argentinos, para la historia del periodismo nacional, para la historia del periodismo más allá de nuestro país y para la literatura en general. *Operación Masacre*

inauguró un género, y este tema me parece interesante por la discusión que existe en relación al libro *A sangre fría*, de Truman Capote. Con la obra de mi padre los argentinos descubrimos que además del dulce de leche y la birrome también habíamos inventado la 'non-fiction', ocho años antes que Capote. Y lo hicimos con un narrador que no se identifica con los verdugos sino con las víctimas. Rodolfo Walsh eligió la versión de Juan Carlos Livraga y de los otros sobrevivientes que pudieron escapar, y al hablar Livraga, y no su fusilador, es que se establece la principal diferencia que Walsh nos dejó como herencia: en su forma de hacer periodismo tienen la palabra las víctimas, los silenciados, las personas que nunca hubieran hablado y a las que él les dio la palabra convirtiéndolas en protagonistas. Ese es el género que, como no existía, él tuvo que inventar. Y en él hablaron las personas que nunca forman parte de las versiones oficiales".

Y da ejemplos. "Los que salieron en las tapas de los diarios fueron otros fusilados y eso es comprensible porque cuando se fusilan generales, como hizo Aramburu con Valle y Cogorno, u oficiales del Ejército de distinta graduación, y hasta integrantes de la banda de música, los diarios no pueden mirar hacia otro lado sin decir nada. Y entonces se atuvieron a la versión oficial, y lo publicaron porque no pudieron ocultarlo. Pero fue en *Operación Masacre* en donde se denunció que antes de que se dictara la ley marcial se había fusilado en un basural de José León Suárez a civiles que no tenían grado, no tenían uniforme, no eran famosos, ni dueños de

ninguna fortuna, sino que eran pobres, simples trabajadores sin ninguna posibilidad de acceso a la denuncia en los grandes medios de prensa. Fue, además, una noticia prohibida, una información que no se podía publicar. Y esa es una discusión que no es secundaria. Por el contrario, es importante ver cómo se las arregló papá para que se publicara, pese a que todos los medios se lo negaron. Creo que los jóvenes, sobre todo los que estudian periodismo, tienen que saber que mientras hay voces que tienen garantizado el acceso a los medios de comunicación hay otras que siempre lo tendrán negado. Por eso tiene que existir una prensa alternativa, verdaderamente independiente de las presiones que ejercen los factores de poder cuando no están interesados en la divulgación de ciertas noticias".

Patricia no duda en reconocer que *Operación Masacre* fue una bisagra en la vida la vida de Rodolfo Walsh, y también de su familia. "Desde entonces, todo fue distinto para él, para mamá que en ese momento era su mujer y para nosotras, sus dos hijas. Con el libro cambió la vida de papá, pero también cambió él. Además, *Operación Masacre*, que en un principio fueron notas que salieron en *Mayoría*, fue un libro escrito y publicado 'para que actúe'. Él mismo dijo que escribió ese libro para que actuara, para que algo sucediera con esa denuncia, porque las cosas no podían seguir igual. Y yo agregó que las cosas no pueden ser iguales. Creo que él pensaba que un libro o un texto, reuniendo ciertas características, puede lograr un impacto que produzca resultados. Por

ejemplo, impedir que esas cosas se puedan repetir impunemente”.

“Ya pasaron treinta años de la dictadura, de la restauración del orden constitucional, y no digo democracia porque pienso que todavía estamos transitando esa batalla de recuperación del orden constitucional. Es un viejo chiste que una vez me dijo alguien. Uno habla de democracia y en realidad es mejor referirse al orden constitucional, porque la democracia está por verse. Lo cierto es que ahora podemos discutir libremente y en voz alta cosas que, no hace tanto, se debían charlar en otro tono. Me parece que hemos podido indagar en mayores complejidades, algo que no pasaba cuando papá escribió *Operación Masacre*, al punto de que la noticia de los fusilamientos de José León Suárez no se la quisieron publicar en ningún medio de prensa. En ninguno. Pero mi padre, que entonces era muy joven, pensaba que tenía una noticia que debía ser tapa de cualquier medio de prensa, y que incluso hasta lo podía volver famoso como periodista. Y es lógico, era joven y tenía una primicia, algo muy importante para su profesión, para el oficio de periodista, pero pronto se dio cuenta que nadie se la quería publicar, y entendió que esa primicia no valía la tapa de los grandes diarios sino la posibilidad de que una bala de esos asesinos lo buscara a él como blanco”.

Fue entonces que Walsh debió irse de su casa. “Papá sabía que los asesinos de la autollamada revolución ‘libertadora’, que pasaría a llamarse revolución fusiladora, lo buscarían. Porque los responsables de esos crímenes, los acusados por el libro, no eran

ciudadanos simples, anónimos. El responsable directo, el ejecutor, era nada menos que el jefe de la Policía de la Provincia que, al ser una dictadura, era un general; un general que además, y por si fuera poco, tenía su despacho a cuatro cuadras de mi casa. Por eso vivió una situación contradictoria, muy argentina. En lugar de la publicación de la noticia como tapa de los diarios que se llaman ‘independientes’, el amenazado resultó ser él. Y sin embargo siguió, porque era un hombre -para utilizar un término de su propia escritura- que se animaba a decir eso. Pero, paradójicamente, descubrió que eso le iba a pasar a lo largo de toda su vida, que las cosas que uno espera no suceden. Y suceden otras, que no se esperaban, como le pasó a él que terminó publicando sus notas en un semanario vinculado al comunismo, siendo que, de muy joven, había estado ligado a la Alianza Libertadora Nacionalista, una agrupación de extrema derecha. Papá escribió sobre ese paso y sobre ese personaje siniestro que fue Queraltó. Y es dentro de ese panorama paradójico que luego se reencontraría en su militancia de izquierda con Rogelio García Lupo y Jorge Ricardo Masetti, ambos también militantes juveniles en aquella Alianza”.

De antiperonista a militante montonero

Rodolfo Walsh fue antiperonista y festejó el golpe de septiembre de 1955 como muchos intelectuales y sectores de las capas medias que luego harían su autocrítica. Uno de sus hermanos mayores, el más liga-

do a él, era marino, exactamente piloto naval, y participó de los bombardeos a plaza de Mayo el 16 de junio de 1955, “un hecho que origina conflictos en algunos biógrafos, porque hay cosas difíciles de compaginar en la vida de mi padre”, asegura Patricia. Y sin duda, el abanico de los cinco hermanos Walsh fue amplio. Rodolfo ocupó un extremo, mientras que el otro lo ocupó Carlos Washington. En ese marco, habría que mencionar también a la hermana menor, que es monja. “Carlos Washington es hoy un marino retirado, absolutamente opositor a Perón y partícipe de hechos que protagonizó en aquellos tiempos la Marina, como el bombardeo a civiles en plaza de Mayo y el golpe de estado del 55 contra Perón. Y ahí empezamos a transitar las complejidades en la biografía de mi padre... me causa risa... porque esta historia es walshiana en sí misma. ¿Cómo hizo Rodolfo Walsh, con sus ideas y su militancia combativa y revolucionaria, con un hermano mayor al que quería y había admirado, y que había seguido la carrera que él hubiera querido seguir? Porque mi padre quiso ser marino, cursar el secundario en el Liceo o en la Escuela Naval y fue rechazado por el examen de dibujo, lo que también aparece como gracioso en esta historia: no fue marino porque desaprobó dibujo en el ingreso. ¿Qué hubiera pasado si hubiera aprobado? Nunca lo sabremos. Lo cierto es que lo rechazaron y en él quedó la idea de que su hermano había logrado convertirse en lo que él quería ser: aviador y marino. Y ese hermano comandó uno de los aviones que el 16 de junio de 1955 arrojó bombas en plaza de Mayo”.

Pero Patricia también reconoce: “En ese entonces mi padre era antiperonista y se alegró con el golpe de estado. Él compartía las ideas del general Lonardi, aquellas de ‘Ni vencedores ni vencidos’, y así lo escribió. No es un secreto que alguien va a descubrir en algún momento, sino algo que hemos contado siempre, desde el comienzo, porque compartimos con mi padre la idea de que hay que contar las cosas tal cual fueron. Y él asumió su antiperonismo juvenil, incluso tratándose de alguien que no sólo se había alegrado sino que había publicado en *Leoplán* dos artículos elogiosos para la marina; situación más que paradójica si la vinculamos a su muerte, y a un aviador que fue el mejor amigo de su hermano Carlos Washington. Me refiero al capitán Estivariz, muerto en aquellos episodios... Es por todo esto que a veces pienso, y lo digo con cierto humor que espero la gente me perdone, que mi padre se dedicó a cagarnos su biografía”.

“Porque muchos creen poder reivindicar la etapa en la que encuentran que Walsh pensaba como ellos, y a mí lo que me parece es que mi padre fue un hombre que aceptó y toleró las diferencias, sobre todo hacia el fin de su vida, de una manera muy inteligente. Me refiero a las diferencias existentes en el nivel familiar, en donde hubo muchas discusiones políticas y muchas opciones distintas. Él fue siempre un hombre respetuoso de las razones que esgrimía el otro. Y creo que esto fue consecuencia de su experiencia, pese a que sólo vivió 50 años. Es decir, se dio cuenta que a pesar de que muchas personas discuten con violencia por cuestiones que parecen

enfrentadas sobre otros temas podrían llegar a un acuerdo si empezaran por respetarse, porque significará que se escuchan”.

Debe reconocerse que el abanico ideológico de los Walsh, con opuestos tan diferentes, no fue una excepción en este país históricamente partido, dividido en sectores antagónicos. Sucedió igual en otras tierras, con conflictos tan trágicos como los padecidos en la España de la Guerra Civil o en la Francia ocupada de Vichy. En nuestro país hubo familias que cobijaban militantes revolucionarios, integrantes de las Fuerzas Armadas, jóvenes CNU y hasta confesos buchones de la policía. El ejemplo clásico fueron los Alsogaray: el padre, Julio, fue comandante del Ejército y golpista; el hijo, el teniente Juan Carlos Alsogaray, militante montonero. Sin hablar del tío Álvaro y la prima María Julia. Y agrega Patricia: “Ya que se menciona a los Alsogaray puedo decir que ese parentesco nos llega. Vicky era pareja de Emiliano Costa, cuñado de los Alsogaray, y por eso esa historia familiar nos resultó aun más cercana”.

“Pero es cierto. La Argentina ha vivido y sigue viviendo fragmentaciones que expresan distintos conflictos que han atravesado nuestra historia. La familia Walsh es un ejemplo. Cinco hermanos: el mayor fue empleado público, cuando por la estabilidad el empleo público era una institución en sí misma; el que le sigue marino, otra institución; después mi padre, un poco la oveja negra; y luego un hermano menor, al que todos recuerdan como excelente persona y que ya murió, que tenía una debilidad: el juego, que también es toda una institución en el país. Aunque no fue el

único de la familia, mi abuelo paterno había sido jugador y eso está contado por el propio Rodolfo. Y naturalmente si hablamos del peso de las instituciones no podía faltar la Iglesia Católica. La única mujer, la más chica, se hizo monja... el abanico está completo”.

Y Patricia acota un dato interesante, humanamente interesante. Porque si bien sería natural pensar que un militante revolucionario, autor de *Operación Masacre*, y un marino que bombardeó la plaza de Mayo, y defendió los fusilamientos ordenados por Aramburu, debían odiarse, o al menos no hablarse, “no es verdad. Desde ya que estaban enfrentados y si salían esos temas discutían airadamente, sobre todo a partir de que mi padre empezó la investigación sobre los fusilamientos de José León Suárez. Pero él estimaba a su hermano y durante parte de su vida, cuando era muy joven, hasta llegó a admirarlo... Sin embargo, la última vez que vi a ese tío, cuando mi padre ya había desaparecido, él seguía hablando de ‘subversión’ y pensaba que las Fuerzas Armadas tenían razón”.

La bisagra

Descubrir al sobreviviente de los fusilamientos de José León Suárez significó un cambio radical en la vida de Rodolfo Walsh, que nunca más sería el mismo, ni pensaría de la misma forma. El cambio comenzó con aquellos encuentros clandestinos con Livraga y sus viajes al basural, para conocer la verdadera historia y la manera en que se fraguó la fecha y la hora del documento que imponía la ley marcial.

Como lo dice el mismo Walsh en su investigación: “*No habrá ya malabarismos capaces de borrar la terrible evidencia de que el gobierno de la revolución libertadora aplicó retroactivamente, a hombres detenidos el 9 de junio, una ley marcial promulgada el 10 de junio. Y eso no es fusilamiento. Es asesinato*”. Y lo hace antes del “Epílogo” al que sigue la memorable condena de “Aramburu y el juicio histórico”, escrita con posterioridad al 1° de junio de 1970, cuando el jefe de la “revolución fusiladora” fue ejecutado por la organización Montoneros, entre otras cosas, “*por la matanza de 27 argentinos sin juicio previo ni causa justificada, el 9 de junio de 1956*”.

Pero *Operación Masacre*, bisagra ideológica que introdujo a Walsh en otra realidad instándolo a comprometerse en el sentido sartreano del término, modificó también su vida cotidiana y familiar. Cuenta Patricia: “Él ya no se podía quedar a vivir en la Escuela para Ciegos. Había amenazas y se temían represalias, entonces escribió con mucho humor: ‘Me ausenté momentáneamente de mi domicilio habitual’. Porque además ocurrió otro hecho impregnado de cierto humor negro, yo diría walshiano. En la redacción en donde él colaboraba había otro periodista cuyas iniciales eran W.R., es decir, al revés que las de mi padre. Pero igualmente lo confundieron. Averiguaron su domicilio y lo allanaron, apresándolo a las 3 de la madrugada. Lo subieron a un helicóptero y lo trasladaron a la Jefatura de Policía. Allí lo esperaba un general que le dijo de manera amenazante: ¿Por qué no me hacés un reportaje

ahora? Entonces él, supongo que muy asustado, aclaró que sus iniciales eran W.R. y no R.W., y pidió que no lo maltrataran porque no tenía nada que ver con *Operación Masacre*”.

A partir de entonces, “papá empezó a decir que estaba en la casa de un amigo, sin precisar ni quién ni dónde, o en el helado rancho en Merlo. No obstante, siguió investigando el tema junto a Enriqueta Muñoz, una joven periodista de Buenos Aires con la que visitó distintos sitios en los que le sacaba fotos de manera disimulada como si fueran novios. Así es, por ejemplo, como pudo sacar la foto del basural de José León Suárez con Enriqueta sentada posando. Pero es 1957 el año de la denuncia periodística y el momento del alejamiento de papá de La Plata. Él escribió *Operación Masacre* cuatro veces. Una y otra vez lo fue modificando o agregando material porque pensaba a la escritura como acción y según cómo cambiaba el país el lector era otro, o la realidad en la que lo leía era distinta. La última fue después del fusilamiento de Aramburu”.

Cuando retoma ese paso de su padre del antiperonismo al peronismo, que fue paulatino, Patricia apunta contra Miguel Bonasso, aclarando que lo conoce desde hace mucho tiempo porque trabajaron juntos en el diario *Noticias* que clausuró Isabel Perón en 1974. Cuando regresó de la Feria del Libro de Cuba, Miguel Bonasso escribió en *Página 12* una nota en la que señalaba que este año la Feria se había dedicado a dos argentinos ilustres de los cuales se cumplen aniversarios de su muerte. Uno es el Che Guevara, que en octubre

hará 40 años que fue fusilado en Bolivia; el otro es Rodolfo Walsh, del que se cumplen 30 años de su asesinato y desaparición. “En ese artículo Miguel Bonasso, que compartió también con mi padre la redacción de *Noticias*, hace una lectura del antiperonismo de Walsh en la primera mitad de los 50, así que si bien hablaré de hechos que ocurrieron cuando yo era muy pequeña me parece interesante debatir estos temas. Papá era antiperonista y, sobre todo, lo fastidió el cambio de nombre de la ciudad de La Plata por el de Eva Perón; algo que molestó al ambiente letrado y a los intelectuales que repudiaban ese tipo de actitudes, tanto en Perón como en Evita. Además, como mi madre era docente se sumaban las críticas a esas banalidades ‘obligatorias’ de algunos textos escolares y libros también obligatorios. Pero reviendo lo de Bonasso me animo a discutirle, con todo respeto, su idea de que el joven Walsh era antiperonista porque no comprendía las contradicciones de clase social y que en los años siguientes, al comprenderlas, pudo adherir al peronismo. Yo pienso que no”.

Y cita un ejemplo. “Próximamente se va a publicar una larga correspondencia que papá mantuvo con un universitario de Estados Unidos, Donald Yates, donde si bien le aclaraba que no era peronista le efectuaba al mismo tiempo un análisis social, clase por clase, del movimiento y de las adhesiones y rechazos que provocaba. Mi padre comprendía el fenómeno de clase y nunca aceptó el revanchismo posterior al 55, inscribiéndose en la corriente nacionalista de Lonardi. Por eso no sorprende que haya escrito que se sintió ‘ofendido’

ante el rostro herido del joven obrero Livraga. Y sucede que Walsh sigue siendo el joven Walsh, pero transitando un camino de cambio. Como él lo definiría después, es el paso desde el nacionalismo a la izquierda, que en su caso fue lento y que él consideraba un triunfo hacia la propia estupidéz. Él sigue ese camino y sus escritos son ya testimonio de un hombre de izquierda. Aquel joven Walsh entendió que las acciones de gobierno, y hasta algunas palabras como libertad, se comprenden de manera distinta según la clase social y el momento histórico que se vive. En ese análisis está presente un concepto de clase. Por eso no sorprende su ingreso posterior al peronismo revolucionario. Él sabía cómo sonaban ciertas palabras reivindicativas en el oído de un joven trabajador que por primera vez accedía a conquistas sociales, aunque la verdad pienso que no eran nuevas sino consecuencia de las viejas luchas obreras socialistas y anarquistas, con sus mártires. Lo mismo pasó con el voto femenino”.

Operación Masacre fue el primero de una serie de libros testimoniales en los que Walsh apeló al mismo género que él había inventado para desentrañar casos de crímenes políticos y señalar a los responsables. Lo hará con *Caso Satanowsky* (1959) y luego con *¿Quién mató a Rosendo?* (1969), que al igual que *Operación Masacre* comenzó como notas periodísticas sobre un tiroteo en la confitería La Real de Avellaneda. Allí murieron Domingo Blajakis y Juan Salazar, pero “su tema profundo es el drama del sindicalismo peronista a partir de 1955, sus destinatarios naturales

son los trabajadores de mi país”, como lo explicó en su “Nota preliminar”.

El adiós

Patricia vio por última vez a su padre la noche del 24 de diciembre de 1976. Pasaron Nochebuena juntos. Cuatro días después Walsh haría pública su conmovedora “Carta a los amigos”, aquella que comienza duramente: “Hoy se cumplen tres meses de la muerte de mi hija, María Victoria, después de un combate con las fuerzas del Ejército. Sé que la mayoría de aquellos que la conocieron la lloraron. Otros que han sido mis amigos o me han conocido lejos, hubieran querido hacerme llegar una voz de consuelo. Me dirijo a ellos para agradecerles, pero también explicarles cómo murió Vicky y por qué murió”.

Patricia recuerda: “Papá ya estaba pensando en la Carta Abierta a la Junta Militar y estaba muy triste por lo que estaba pasando y porque él lo consideraba una masacre. Además de las cosas que sabemos porque están escritas y se conocen, estaba la muerte de mi hermana Vicky y la de su amigo Paco Urondo. Pienso que él ya tenía conciencia de que todo formaba parte de una enorme derrota, una derrota irreversible para su organización que era Montoneros. Él ya había hecho críticas que yo no conocí hasta muchos años después, y no porque no hubiéramos hablado de política. Eran críticas y documentos internos de la organización que se publicaron primero en México y después aquí, es decir, muchos años después del debate que él quería provocar con esas críticas. Pero esos do-

cumentos fueron silenciados para que no se discutieran, para evitar la polémica interna. Digamos que en la Argentina esa discusión no tenía siquiera condiciones para darse. A veces es muy difícil explicarles a los más jóvenes cómo se luchaba contra la dictadura militar. Yo no fui al exilio. Me quedé por decisión propia, y desde ya fuimos muchísimos los que nos quedamos, y es muy difícil transmitir que no teníamos la posibilidad de debatir porque eran tantas las caídas de los compañeros que nos quedábamos absolutamente solos, porque ya no teníamos siquiera la posibilidad de reunirnos con amigos. Por eso, cada uno resistía a su manera, como podía, hasta escribiendo en un baño ‘Abajo la dictadura’ con un marcador que llevaba escondido dentro de la cartera. Y esa pavada podía costar la vida”.

El 26 de marzo de 1977 Rodolfo Walsh concurrió a una cita en el barrio de Balvanera, sospechando que podía tratarse de una emboscada. Sin embargo, decidió ir igual. Efectivamente, allí lo esperaba un grupo especial de tareas de la ESMA. Lo querían llevar vivo, pero no pudieron. Se defendió cubriéndose detrás de un árbol. Lo acribillaron a tiros. Pero ganó esa batalla: no se entregó, les dejó “sólo su cuerpo”, al decir de Molinas.

Walsh fue un combatiente. Sus nombres de guerra eran “Esteban” y “neuras”, como el dibujo de historieta, debido a sus grandes anteojos y a su frente despejada. Trabajó en Inteligencia dentro de la Organización y, desde ya, también en Prensa. Junto a Ricardo Masetti, había creado en Cuba Prensa Latina y había logrado, ape-

lando a sus conocimientos literarios, ajedrecísticos y hasta estéticos, decodificar un mensaje en clave de la CIA captado en La Habana, utilizando manuales recreativos de cartografía. Gracias a esa decodificación el gobierno revolucionario supo de la invasión a Bahía de los Cochinos programada en los Estados Unidos por la CIA. En el último tiempo había creado ANCLA, Agencia Clandestina de Noticias, lo que para Patricia fue una humorada más, ya que utilizaba un elemento de la Marina - fuerza que siempre lo acechó-, como un mal presagio.

Su "Carta abierta a la Junta Militar", luego transformada en "Carta abierta de un escritor a la Junta Militar", fue su testamento y retrata a Walsh con exactitud. Fechada el 24 de marzo de 1977 fue escrita a máquina y repartida y enviada por él a diarios y agencias de noticias y al exterior. Para poder hacerlo tuvo que topear varias veces utilizando papel carbónico y golpeando con dureza las teclas de su máquina de escribir, porque ponía cinco hojas que era lo máximo que soportaba el carro, según relata Patricia a Enrique Arrosagaray (2006).

La carta contiene una precisa enumeración de crímenes y desapariciones de militantes sociales, políticos y de organizaciones revolucionarias. Empieza advirtiendo: *"La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado li-*

brememente como escritor y periodista durante casi treinta años. El primer aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores y lo que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades".

La Carta termina afirmando: *"Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados, no pretendiera que esa junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen el país tras la ilu-*

sión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven a la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas. Éstas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles. Rodolfo Walsh. C.I. 2845022. Buenos Aires, 24 de marzo de 1977".

Bibliografía

- ARROSAGARAY, E. *Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero*, Catálogos, 2006.
- BONET, C.A. *Los muchachos peronistas: héroes y mártires*, Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 2003.